

Intellectum valde ama. Homenaje al Profesor Octavio Uña. Cate-drático de Sociología y Filosofía, Escritor y Poeta

Rafael Lazcano (ed.)

2019. Madrid: Rafael Lazcano editor.

El hombre y la institución: una alegoría a la verdad

Mirada profunda

Como sabemos los que nos dedicamos a observar, estudiar, comprender y explicar la sociedad desde sus distintas perspectivas, la vida en sociedad no está sujeta a una cadencia repetitiva de los fenómenos analizados. Aspecto este que, en lugar de empobrecer el acervo de conocimiento de las disciplinas sociales, las enriquece porque obliga al analista social a replantear las presuposiciones que, si en un ámbito permitían entender el fenómeno analizado, en otro nuevo se deben reelaborar para que no pierdan su capacidad explicativa. Por este motivo, cuando nos encontramos ante un hecho social poco común, se deben adaptar las herramientas analíticas con el objetivo de describir, comprender y extraer algunas conclusiones. Paralelamente, una reseña supone una opinión, acompañada a veces de una pequeña síntesis personal, de una obra recientemente publicada. Lo más aceptado del género reseñador es inserirse en una obra

impresa, dígase libro, cuya extensión suele ser lo común, con un hilo temático de cierta homogeneidad. Incluso, la extensión de la propia reseña viene delimitada por los criterios del editor y se deben cumplir, para mantener el equilibrio editorial y, aunque no sea la finalidad de la reseña, dentro de lo que sea posible mantener una relativa objetividad. Si dedicamos un instante al significado de la palabra *reseña*, la acepción más habitual se refiere a un escrito que suele ser breve y con voluntad de ser conciso, cuya ambición es darla a conocer al público en general. Etimológicamente, *reseña* proviene del latín *resignare*, del cual deriva el verbo *reseñar*, que significa ‘tomar nota’, ‘escribir’, ‘apuntar’. *Intellectum valde alma* no es un libro que nos permita la tradicional reseña en una revista científica, sino que nos obliga a un ejercicio que va más allá de la simple descripción reseñadora. Es como aquellos antiguos incunables repletos de polvo, envejecidos por el paso del tiempo, ansiosos de ser no solo leídos, sino de hallar su alma en un mar lleno de palabras. E incluso cada palabra escrita posee un ánimo, al igual que cada ola, que va más allá de los significados derramados en sus páginas. Para realizarla, nos permitirán la licencia de una cierta erudición que nos llevará a un océano significativo en que cada palabra e incluso cada imagen serán interpretadas con una mirada profunda.

Tres títulos entre miradas y compromisos

Como ya hemos advertido en el epígrafe anterior, el formato de la publicación nos advierte que estamos ante una obra que no suele ser habitual en el género de la reseña y sobre todo para la *Revista Internacional de Organizaciones*. De entrada, la obra a reseñar no es un solo libro, sino tres volúmenes amplios de formato enciclopédico que comprenden 2.035 páginas, incluyendo los índices. Por otro lado, no es una obra de autor, sino de 344 especialistas en campos diversos de las ciencias sociales, y de algún modo poesía. El libro se nos presenta con tres títulos como si fuera uno, el mismo en los tres volúmenes: *Intellectum valde ama. Homenaje al Profesor Octavio Uña. Catedrático de Sociología y Filosofía, Escritor y Poeta*. Cada unidad significativa del título posee cierta autonomía propositiva, aunque las tres están íntimamente relacionadas, tal como iremos viendo. La obra ha sido pautada por una comisión organizadora, impecablemente universitaria, compuesta por profesores de historia del periodismo, sociología, ciencia política y psicología social. La obra ha sido dirigida por una comisión bajo la batuta de un coordinador, don Jesús Timoteo Álvarez Fernández, catedrático. La comisión está integrada por la profesora doña Mercedes Fernández Antón y los catedráticos don Josexo Beriain Razquín, don Ignasi Brunet Icart, don José Manuel Cana-

les Aliende, don Francisco Entrena Durán, don Jesús Ignacio Martínez Paricio, don Pedro Sánchez Vera y don Miguel Clemente Díaz. Como he dicho anteriormente, no es una obra de autor, sino de coautoría estrictamente académica tejida por miradas y compromisos.

Un telón de formas y un guion de contenidos

La presentación, a cargo de Rafael Lazcano, abre el telón de los nueve capítulos. Lazcano, editor literario, presenta dos Octavios: por un lado, el Uña más intimista, del *Intellectum valde ama*; por otro, el Uña Juárez, más profesoral cimentado en el compromiso, hoy responsabilidad social, cuyos pilares son docencia e investigación. Dos esferas sociales, la privada y la pública, que tejen un metadiscurso de sociabilidad a partir del cual Octavio se proyecta en tercera persona, pero interactuando con los lectores a través de los textos de los homenajeadores. La presentación transita sociológicamente, como toda la obra, en que las formas de sociabilidad influyen de una manera especial en el grupo, a la vez que personaliza la sociedad en cuestión. Mirada sociológica que, no sé si intencionadamente, es deudora del sociólogo berlinés Georg Simmel. En cierta manera, la influencia de la sociología comprensiva queda reflejada en la distribución de los contenidos, moldeados por los títulos de cada uno de los capítulos. El

editor ha seguido la tradición melódica en formas y contenidos de Georg Simmel acompañada por el bajo continuo de Max Weber. Obviamente, el homenajeado conoce perfectamente las partituras de la sociología germánica, dando el compás con su batuta la cadencia de los tres volúmenes. Doña Mercedes Fernández Antón, compañera de mil tareas desde los primeros tiempos de la Facultad de Sociología de la Complutense, ha acompañado los trabajos diversos de la obra agradeciendo a los autores su generosidad y su buen trabajo.

La Real Biblioteca: escenario intelectual

La portada de un libro es como el proscenio del escenario. Es lo que está más cerca del público, en nuestro caso, del potencial lector desde el primer momento. La sabiduría popular, siempre sabia, valga la redundancia, nos dice con llana sencillez que “una imagen vale más que mil palabras”. La biblioteca escurialense escenifica la trama de la obra en la portada de los tres volúmenes. En la composición de la imagen, aunque la biblioteca absorbe el foco, el globo terráqueo escurialense, en el ángulo inferior derecho, da la centralidad por su tamaño. La lectura de la imagen nos habla del recorrido intelectual de Octavio Uña, que se asienta en la teología como estructura interna intelectual y la filosofía como pilar que sustenta su arquitectura; a ello hay que

añadir el *Trivium* y el *Quadrivium*. Por extraña coincidencia, nueve saberes que coinciden con el número de capítulos que ordenan los tres volúmenes; cinco en el primero; dos capítulos tanto en el segundo como en el tercero. No hay duda de que la composición gráfica nos muestra, desde el primer momento, el recorrido vital singular de la sólida intelectualidad del homenajeado, con sus innumerables lecturas y extensos viajes.

Omenatge: *Intellectum valde ama*

Intellectum valde ama en lengua vernácula, latín vulgarizado, toma la sintáctica de «Ama intensamente la inteligencia» de la epístola 120 del obispo de Hipona, cuyo encabezado versa: *Agustín saluda en el Señor a Consencio*. Siguiendo la argumentación agustiniana, llegamos a la tesis de que la inteligencia solo es inteligente si ama. Obviamente no se puede olvidar la dimensión teológica de la máxima; es su valoración no solo humana, sino humanística. El título de la obra, *Homenaje al Profesor Octavio Uña*, avala el título *Intellectum valde ama* y no nos debería confundir, pues, si analizamos etimológicamente la palabra *homenaje*, vemos que es un préstamo lingüístico del occitano *omenatge* cuya raíz procede de *hombre*. A la vez, de *hombre* derivan *humanidad* y *humanismo*. Si por *humanidad* definimos el grupo y por *humanismo* el cultivo de humanidades, podríamos catalogar

el tipo de humanidad por el hecho de cultivar distintas humanidades en un mismo grupo social. Observemos que de la palabra *cultivar*, tal como nos enseñó Cicerón, deriva la palabra *cultura*. Coincidiríamos, atento lector, en que no hay nada más humano que el cultivo de la tierra. La transformación del paisaje con horizonte antropomorfo, por el hecho de labrar la tierra, dándole forma humana. Y con ello, en relación con la extensión de la tierra cultivada y la intensidad de la cultura, definiremos a los hombres y mujeres de una sociedad. De ahí el peso semántico de la palabra *homenaje*. Vemos que el hombre homenajea a otro hombre que expresa el peso humanístico de su cultura, de nuestra cultura, dando lugar a una cierta transitividad al significado profundo del concepto de *omenatge*. El título transfiere una equivalencia binomial de los elementos que lo constituyen. Vemos, pues, que el hecho de amar aquello que se entiende es un labrantío profundamente humano cuyo resultado es la unicidad del hombre en su inteligencia y en su amor a la verdad.

Pro-fateri et cathedra

Analicemos la conjugación de elementos que encierra el cotítulo de la obra. *Homenaje al Profesor Octavio Uña* es el predicado del título, siendo el complemento nominal, el subtítulo por así decir, *Catedrático de Sociología y Filosofía, Escritor y Poeta*. Como hemos analizado, *homenaje* engloba humanidad

y humanismo, conceptos ambos que nos definen la textualidad significativa, confesándonos a la vez su profesión como catedrático de sociología y también de filosofía, en que escritura y poesía expresan su labor profesoral. Hay que tener claro que los tres volúmenes son un homenaje a un profesor; don Octavio es un profesor con todo lo que conlleva. La figura profesoral es relativamente reciente. En tiempos del doctor de Hipona la inmensa mayoría de la población era iletrada, no sabía leer ni escribir, por ello el oficio de lector. Según parece, los lectores daban un toque personal a la *scriptio continua* en entonación, cadencia e interpretación. Actualmente algo parecido ocurre con los grandes directores de orquesta: aunque la partitura sea la misma, el compás y el tempo pueden variar según su interpretación. La Iglesia, para evitar un exceso de personalismo, ya en tiempos del santo, resolvió la problemática sometiénola a una entonación o cadencia, dando lugar a los recitativos. Con la invención de Gutenberg y paralelamente el mayor acceso a la lectura, el oficio de lector comenzó a desaparecer y le tomó el relevo el profesor. A los alumnos se les daban los textos para que los leyesen, pues ya sabían, y el lector se transformó en *pro-fateri*, habladores o explicadores o interpretadores que confeccionaban su saber (*fateri*) para obtener un provecho (*prodere* en latín), origen etimológico de la partícula *pro* que se

transliteró significativamente en movimiento (hacia delante, poner a la vista o estar a favor), dando lugar a la palabra *profesor*. Un profesor no solo lee, sino que explica y da una interpretación resaltando aquello que considera importante para sus alumnos. Octavio sin duda es un profesor. Un profesor, eso sí, de interminables lecturas que las profesa desde sus dos cátedras, una para leer y explicar filosofía, y otra de sociología para analizar e interpretar. En castellano antiguo *catedra* derivó en *cadera*, hoy substituida por la palabra *silla*, del latín *sella* ‘asiento’, derivado de *sedere*, ‘estar sentado’. Todavía la reminiscencia griega de *cátedra* pervive en la palabra *cadira* en catalán o *cadeira* en portugués, ambas lenguas también hispánicas como el castellano. *Cátedra* proviene del latín *cathedra* y este a su vez del griego «καθέδρα» (*kathedra*), cuyo significado es ‘butaca’, ‘sillón con brazos’, es decir, algo más que una simple silla. Al que toma asiento en una cátedra se le confiere condición distinta, de más altura, no solo física, que a aquel que se sienta en una silla. Así, un profesor catedrático se asentaba en una cátedra de la universidad, es decir, un sillón, habitualmente con asiento mullido y amplios apoyabrazos, similar al del señor obispo que todavía hoy en la catedral puede tomar asiento en el sillón catedralicio. Un detalle importante: no hay que confundir cátedra con trono, asiento exclusivo de la realeza cuyo privilegio procede del

cielo. El privilegio de cátedra procede de la propia tierra. Es la expresión de reconocimiento de capacidad y calidad del labrantío en cualquier campo de la cultura, siguiendo la regla *ora et labora* de san Benito, que a su vez se inspiró en la Regla de san Agustín.

Universitas generis humani

La mirada sociológica sobre la realidad social nos proyecta la naturaleza del ser y el estar en el tejido institucional. La mirada sociológica a *Intellectum valde ama* rezuma institucionalidad vocacionalmente universitaria, pero a la vez la diversidad de la propia humanidad. El *Digesto* de Justiniano da el significado de *universitas* a una agrupación plural y diversa de personas físicas: *genus humanum*. Las universidades medievales europeas fueron instituciones educativas de la cristiandad latina de la Baja Edad Media que sustituyeron las *Studia Generalia* (escuelas palatinas, monásticas y episcopales) existentes desde la Alta Edad Media. Comenzaron a fundarse en distintas ciudades de Europa Occidental a partir, aproximadamente, de 1150, en el contexto del Renacimiento del siglo XII. La aparición de las universidades es paralela al desarrollo de las ciudades bajo el auspicio de las catedrales y las incipientes monarquías. Fue Castilla, no por casualidad: su escuela catedralicia de Salamanca se convirtió en Universidad de Salamanca en 1219, siete años después de la de Palencia, por iniciativa

del rey Alfonso IX de León. Alfonso X el Sabio, en 1254, y el papa Alejandro IV la consolidarán, dando validez internacional a sus estudios y grados académicos. Nuestro profesor zamorano ejemplifica lo que la sociología alemana denominó *Zeitgeist*, cuya traducción es 'espíritu del tiempo', manifestándose en *Intellectum valde ama*, pero a la vez inconscientemente nos revela el sustrato universitario castellano de don Octavio. La palabra *universidad* es la síncrexis de *unus, una, unum* y de *verto, vertere, versum*, expresándonos una visión globalizadora de la realidad, sin olvidar que como institución surge por la necesidad de salvaguardar la igualdad entre los alumnos y los profesores, fuese cual fuese el origen geográfico, cultural y social. No es de extrañar, pues, que *Intellectum valde ama* ejemplifique esta vocación universalista, aspecto que queda más que contrastado dando solo una ojeada a la procedencia geográfica y de condición de los distintos autores. Pero no solo eso, con su saber hacer y su vocación profesoral construyen la realidad social de la universidad, la cual se fundamenta solo si se ama la inteligencia con devoción, tal como podemos constatar en sus respectivas contribuciones en forma de artículo riguroso.

Escritor y poeta

El oficio de profesor supone lecturas pacientes, interpretaciones meditadas y contrastadas, y lo leído y aprendi-

do deberá exponerse y explicarse de manera concisa y clara. Si además se es profesor de sociología, deberá ser capaz de esculpir con palabras el marco de referencia como resultado de la observación y el análisis de aquello que nos rodea. Y para ello es imprescindible escribir, actividad que se asemeja a un escultor que con el cincel y el martillo modela la materia para darle una forma inteligible. Una actividad artesana, la del profesor, que lee, estudia, observa, escribe y explica. Reitero que previamente a la explicación se debe entender, y para llegar a ello es imprescindible escribir, cuyo ejemplo gráfico es el del escultor que, con unas herramientas relativamente simples, un mazo y una escarpa, va modelando el material para darle forma, de igual manera que el profesor con pluma y papel (sin desmerecer la tecnología que nos brindan los signos de los tiempos) construye con la arquitectura de las palabras los significados. Este es el motivo del porqué el profesor consustancialmente es escritor. No es casualidad que el origen etimológico de la palabra griega que designa *escribir*, *σκαρπῖφάομαι*, signifique 'rayar un contorno'. El latín *scribere* significó en un principio 'grabar' en piedra, arcilla o papiro escritos fundamentalmente de carácter religioso o funerario. La cultura latina influyó no solo en las lenguas romances, sino también en el alemán *schreiben* o en el irlandés *scriobhaim*. No así en el inglés, donde *write* pro-

cede de *writanan*, que significaba ‘romper’, ‘rayar’, emparentado con *reißen* (‘romper’, ‘rasgar’) en alemán moderno, pero como vemos la idea que está detrás es la misma. Octavio es poeta. Escribe poesía porque a través del amor a la inteligencia ambiciona alcanzar la verdad. Como se ha comentado en alguna de las páginas de la magna obra, su poesía es en esencia metafísica de aquello que pudo ser y no solo de lo que fue. Dicho de otro modo, el amor nos permite encontrar la verdad, pero no una verdad cualquiera, sino una verdad esculpida con el cincel de la inteligencia. La poesía, para Octavio, pero también para los autores que han escrito sobre la poesía, es la alegoría de la inteligencia a través del amor para hallar la verdad. Una verdad que no es de nadie, pero sí de un tanto de los más de trescientos autores “escritores” que, como un orfeón, cantan a Lucius Mestrius Plutarchus al compás de la inteligencia, a quien se cita al inicio de esta obra.

La trama

El contenido de los tres volúmenes sigue el recorrido profesoral de don Octavio. El primero se estructura en cinco apartados como si fueran las costuras de su itinerario vital: (1) “Octavio Uña en la mirada a las instituciones”; (2) “Semblanza desde el recuerdo”; (3) “La labor docente investigadora y poética de Octavio Uña”; (4) “Atalaya poética”; (5) “Literatura-poesía-sociedad”. En el

segundo se orquestan sus miradas: (6) “Sociología – Cultura – Sociedad”; (7) “Voces de sabiduría”. Y en el tercero los compromisos: (8) “Ciencia política – Economía – Gestión pública”; (9) “Comunicación – Lenguaje – Nuevas tecnologías”. En total nueve capítulos enraizados en la tradición intelectual más genuinamente universitaria.

El primer volumen señala la trayectoria profunda de Octavio, no siendo fortuito que en el primer capítulo haga una especial referencia a las instituciones y su mirada a la realidad social. Una mirada weberiana compuesta y compartida mediante y por las instituciones. No hace falta mencionar la ascendencia de Max Weber y también de Simmel en su mirada. De Simmel asume la vida intersubjetiva; de Weber, las categorías sociales. Ambas están conectadas, e incluso indagando en la arquitectura intelectual de Octavio, recogida en el primer capítulo, se revela la herencia recibida por la escuela alemana. Tanto Simmel como Weber contextualizan una matriz cultural común que impregna su mirada filosófica de un cierto neokantismo. Aspecto nada menor en el que al individuo se le concede un papel relevante ante la sociedad, cuya cristalización es el marco simbólico que constituye la relación del hombre ante la vida social, tal como queda perfectamente reflejado en el arco significativo del primer volumen y tal como recoge a manera de corolario

el apartado cinco, herencia, sin duda, de la sociología alemana.

En el segundo volumen, dos extensos capítulos dan contenido a las miradas: la sociedad y la cultura. La sociología nos permite oír las voces de la sabiduría relacionando el concepto de esta con la dimensión cultural, siempre que se esté dispuesto a escuchar las voces. Ambos capítulos confiesan su estructura de pensamiento, trasluciendo uno de los debates más complejos de la sociología. La relación binomial de sociología y cultura son dos caras de la misma moneda. Para san Agustín, la sociedad, es decir, la república del bien cristiano de la *Ciudad de Dios*, es definida por el reconocimiento mutuo de un abanico legal que permite la pervivencia de la comunidad. Mirándolo sociológicamente, la ley forma parte estructurante de la cultura, pues sostiene la sociedad como ámbito básico convivencial. Aunque la sociología, es decir, *socio* más *logos*, nos traslada unos siglos después al *Discurso del método* de Descartes uniendo la razón a lo que es observado. Dándole la vuelta, la *res extensa*, el conocimiento del mundo físico, transforma la mirada en *res cogitans*, en que la sociedad se transforma en sociología. Las distintas miradas de los autores que articulan el sexto capítulo es una demostración de ello. En “Voces de sabiduría” se estudian algunos personajes de gran relevancia histórica, especialmente Juan de Mariana, Gracián, Fermín Caballero, Max Weber, Ortega

y Gasset, Hans Freyer, Ignacio Ellacuría, etc.

En el tercer volumen los dos capítulos arquivoltan el compromiso con la política, la economía y la gestión política, por un lado, y, por otro, la comunicación y el lenguaje, sabiendo que las nuevas tecnologías marcarán el compás. De la lectura de los artículos se interpreta que la gestión pública es la técnica que cincela el régimen político y el modelo económico. Sin gestión no es posible arribar a la sociedad acordada. De la misma manera que la comunicación no es posible sin lenguaje y sin el medio que la posibilita, medio que está sujeto a la dictadura de la innovación tecnológica, tal como se nos expresa en el título del capítulo. No hay duda, en dicho volumen se vislumbra cómo la tecnología marca el compás del progreso.

Una alegoría a la verdad

Los tres volúmenes son un gran orfeón que canta a la verdad al compás de la inteligencia. Para ello nos valemos de la sociología y de la poesía, y ambas pretenden revelar la verdad. Aristóteles mantuvo un debate entre lo general y lo particular, entre lo potencial y lo factual. Ortega y Gasset, con otras palabras, sostuvo que “la poesía es metáfora, la ciencia usa de ella nada más”. La sociología, al igual que la economía, es concreta, particular y factual. En cambio, la poesía, como la literatura, nos traslada a lo moral, a la abstracción y a

la intemporalidad. Descubrir la verdad no es tarea fácil, es camino plagado de innumerables dificultades. En conclusión, podemos afirmar que *Intellectum valde ama* alberga una profunda pretensión y un hondo mensaje: un ascenso gradual hacia la luz de la verdad solo posible desde la inteligencia. Y por ello el profesor debe defenderla numantemente desde su cátedra en el sentido más profundamente etimológico de escribir y de poetizar. Y no es capricho, sino sentencia grave, estimado lector, que el título de este inmenso tratado se encabece por la sentencia agustina *Intellectum valde ama* y también vaya precedido de las palabras de Plutarco: “Ni Dios puede dar ni el hombre recibir, nada más excelente que la verdad”, axioma que prologa sucintamente la apertura del telón de estos tres volúmenes. En definitiva, homenaje excelso a Octavio Uña cargado de títulos académicos, cargado de cátedras, cargado de universidades, cargado de alumnos, cargado de tareas por la sociología, cargado de amigos generosos y pleno de una batalla moral y ética por la vida en común y la vida democrática.

José María CORTÉS MARTÍ